



Carta a la Familia de la Encarnación diciembre 2025

JESÚS, UN HOMBRE AL 100 %

Alegría y paz para ti, hermana mía, hermano mío:

El pasado mes de julio recibiste una larga carta para ayudarte a entrar en la espiritualidad de la Encarnación. El objetivo de esa carta era conducirte **a vivir en unión con Jesús**.

Hoy, el Núcleo de la Familia de la Encarnación ha elegido como tema de esta carta: **¡Jesús comparte nuestra humanidad!** ¿Por qué se ha elegido este tema?

En primer lugar, prolonga la carta de julio, donde se decía que el P. Baudouin había hecho suyo el enseñamiento de santa Teresa de Ávila recorriendo al mismo tiempo su propio camino de fe, en “una adhesión inquebrantable a la humanidad de Cristo que impregna sus acciones” (papa Francisco).

Además, esta carta te llega en el tiempo de Adviento que nos conduce a la Navidad. Celebraremos la **NATIVIDAD** de Jesús en Belén.

Por último, celebramos el 1700.^º aniversario del Concilio de Nicea, el primer Concilio ecuménico, que expresó con palabras escogidas la fe cristiana. Y son estas palabras las que, cada domingo, proclamas en el “**Creo en Dios**” junto con tus hermanas y hermanos:

- «Por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre. Por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado».

Conoces sin duda estas frases que caracterizan a Jesús:

- «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).
- «... cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley» (Gál 4,4).

El Verbo —esta palabra significa que Jesús es **la Palabra** del Padre— se hizo una persona humana y habitó entre los hombres. Por tanto, para san Juan, Jesús es verdaderamente un hombre.

Por su parte, san Pablo dice lo mismo, pero de otra manera, más clara o sencilla: como todo hombre, Jesús nació un día, nacido de una mujer; por lo tanto, tuvo una madre y, «nacido bajo la Ley», es decir, nació **judío**. ¿Pero basta esto para ser un hombre al 100 %? Abramos entonces el libro de los evangelios y, como el P. Baudouin, miremos al hombre Jesús.

1. La humanidad de Jesús

Jesús no apareció de repente como un hombre adulto; no fue lanzado en paracaídas sobre Palestina. Jesús es un hombre, un verdadero hombre, un hombre ordinario, como tú, como yo, como cada uno de nuestros vecinos.

Los evangelistas Mateo y Lucas trazan su documento de identidad: tiene un país, Palestina, colonizada por los romanos; tiene un pueblo donde nació, Belén de Judea; Lucas (2,1-7) precisa la época en la que Jesús nació y las circunstancias de su nacimiento; sus padres le dieron un nombre, «Jesús, Yeshúa», que significa «Dios salva», un nombre para gloria de Dios; todo el mundo conocía ese nombre, pues remite al acontecimiento glorioso del Éxodo.

Tiene un pueblo donde vive y donde creció: Nazaret de Galilea; tiene un oficio como cualquier otro: Marcos (6,3) dice carpintero, artesano de la madera, y Mateo en 13,55 precisa «como su padre». Los evangelistas nos dicen también que tiene una familia. Lucas precisa que, según la gente, era hijo de José (Lc 3,23); tiene una madre llamada María (Mt 1,18; 13,55; Lc 1,31; 2,5 ss). Los cuatro evangelistas hablan de María, su madre; también nombran a «sus hermanos»: Santiago, José, Judas y Simón. Hablan igualmente de sus hermanas, que viven en Nazaret.

Todas estas precisiones son importantes para situar a Jesús. Hay un texto menos conocido, pero que nos lleva hasta las raíces de la humanidad de Jesús: «el libro de la genealogía de Jesús...» en Mateo 1. Este texto sitúa a Jesús en el corazón de nuestra humanidad.

2. Jesús en el corazón de la humanidad

En la época en que aparece Jesús, el pueblo judío está como presa de una fiebre: todo el pueblo espera la venida del Mesías, el Salvador que lo liberaría del yugo colonial romano, causa de múltiples sufrimientos y de diversas desviaciones morales y sociales.

Los primeros discípulos reconocieron en Jesús al tan deseado Salvador. El evangelista Mateo inscribe esta espera en su Evangelio: quiere insertar el relato de la vida de Jesús en la línea de las maravillas de Dios del pasado, de los «tiempos antiguos». Con este fin abre su libro con el «libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham». Leamos juntos este texto: Mateo 1,1-17.

1.º Observa cómo Mateo construye su relato.

Parte del antepasado de Israel, Abraham, para descender hasta «José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo».

Con esta genealogía, Mateo subraya el arraigo humano e histórico de Jesús. Pero notarás la construcción de la frase que introduce el nombre de Jesús: «José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo». Con discreción, Mateo dice que José no es el padre natural de Jesús, sino su padre legal, su padre adoptivo. Así nos susurra que Jesús es de origen divino. Este es el misterio que percibieron los discípulos. Lo que los llena de alegría no es que Dios haya visitado a su pueblo —eso ya lo había hecho muchas veces—, sino que con Jesús Dios viene a habitar entre los hombres, entre nosotros. Por eso Mateo insiste en la humanidad de Jesús. Jesús, el Mesías esperado por el pueblo judío, heredero de las promesas divinas hechas a Abraham y a David, colma la espera y la esperanza de los hombres.

2.º Observa las primeras palabras de Mateo:

«Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de Abraham, hijo de David». La palabra «genealogía» remite al primer libro y a la primera línea, a la creación del mundo. Jesús marca un nuevo comienzo. Asume plenamente la humanidad tal como es, con sus promesas y sus dramas.

3.º Hombres y mujeres que hicieron la historia del pueblo de Israel.

Mateo cita primero a los patriarcas (Abraham, Isaac, Jacob). Los nombres evocan creyentes distintos entre sí por la fe, pero también los conflictos entre hermanos, todo el pasado de su pueblo: dificultades de pareja, celos, problemas de herencia y de esterilidad.

Luego vienen los reyes. Mateo cita tanto a los reyes fieles, como Jotam, Ezequías y Josías, como a los reyes impíos que no creen en el Dios de Israel, como Ajaz, Manasés y Amón.

Después de los reyes, Mateo cita a hombres que fueron actores o simples testigos de la historia de Israel. Mateo redactó esta página para decir que Jesús asume todo el pasado de su pueblo, imagen y resumen de toda la humanidad.

4.º Las cuatro mujeres.

- **Tamar** (Gn 38), nuera de Judá. Quedó viuda y engañó a Judá para tener de él un hijo. Es presentada como ejemplo de fidelidad a su deber de esposa.
- **Rahab** (Josué 2,6), prostituta de Jericó, tierra pagana. Esconde a los dos espías israelitas y reconoce la grandeza de Dios. Favorece la victoria de Israel. Su fe, a pesar de sus orígenes, la hace entrar en el pueblo.
- **Rut**, otra extranjera. Está totalmente entregada a su suegra judía. Es la abuela del rey David. Por ella, Dios aporta consuelo y esperanza a su pueblo, Israel.

- **«La mujer de Urías»**, Betsabé, madre del rey Salomón. Es la esposa de un soldado extranjero de David (2 Sam 11).

Estas cuatro mujeres son muy diferentes entre sí. ¿Qué hacen en la genealogía de Jesús? Estas cuatro mujeres extranjeras son testigos:

- Anuncian la misión universal de Jesús.
- Testifican que es por la fe como entramos en el pueblo de Dios.

Jesús asume toda esta historia. La carga sobre sí para conducirnos por caminos nuevos. «Sí, Jesús nos alcanza en nuestra familia humana para mostrarnos el camino hacia la familia de Dios».

Tú también tienes tu lugar en esta historia, como los patriarcas, los reyes, como todos los que acogieron a Jesús, verdadero Dios Y verdadero hombre. Ayer se hizo solidario de sus antepasados, se hizo solidario de sus contemporáneos; hoy se hace solidario contigo, conmigo, con cada uno de nosotros. Digámonos que «Dios no se asusta de nuestros caos. En Jesús muestra que se remanga y mete las manos de lleno en el barro de nuestra vida... Nada es demasiado complicado, tortuoso u oscuro frente a la luz».

3. Jesús se expresa con su cuerpo

Ahora te invito a pasar conmigo las páginas de los evangelios para descubrir cómo Jesús, nuestro hermano mayor, se comporta con nosotros, sus hermanos pequeños.

Por Jesús, Dios entró en nuestra historia humana, pero no como un poderoso al estilo del emperador César Augusto (Lc 2,1), ni como Donald Trump o Putin. Se acercó a nosotros como un extranjero, desconocido y frágil. Así comienza el evangelio según san Marcos.

Marcos dice que Jesús viene de Nazaret (1,9); nadie le presta atención; es bautizado por Juan como todo el mundo y se va al desierto (1,12). Regresa a Galilea, está solo, no se ve a nadie a su alrededor, y proclama la Buena Noticia. ¿Dónde? ¿A quién? ¿Quién lo escucha?

Se acerca a un grupo de hombres más ocupados en su trabajo que en escucharlo. Los hace sus compañeros; con el tiempo se convertirán en sus amigos. Los evangelios nos muestran que tiene amigos y que los ama (cf. Lc 8,1-3; 10,38-42; Jn 2,1-2; 11,1-3.11.35).

Los cuatro pescadores abandonan su trabajo e incluso uno de ellos, Pedro, deja su casa, que se convierte en la casa de Jesús; él se instala allí y desde allí lanza «la red de la Palabra».

Jesús también tiene sus costumbres: el día de sábado va a la sinagoga como todos los judíos. Es invitado por los responsables a proclamar la Palabra de Dios y a comentarla. Muy pronto se constata que no necesita hablar mucho para que sus oyentes, salvo algunos, se sientan bien con él. Con el tiempo, las multitudes ya no lo dejan. San Juan recoge la respuesta de los guardias a los fariseos: «¡Jamás un hombre

ha hablado como este hombre!» (Jn 7,46). No siempre es comprendido. Poco a poco, su presencia se vuelve «indispensable» (cf. Lc 24,13-14.32-35).

Jesús tiene una manera muy suya de mirar a quienes lo escuchan, y cada uno cree ser el único a quien Jesús mira. Jesús es muy atento a las personas: está sentado en el Templo, observa a los fieles y, entre ellos, una persona, una sola, una viuda, capta su mirada; sigue su gesto y deja estallar su admiración (Mc 12,42).

Ve a las multitudes y siente compasión de ellas, porque están sin guía (Mc 6,34); en Naín se encuentra con un cortejo fúnebre, ve a una mujer que llora, una viuda, y se llena de compasión (Lc 7,13). La mirada de Jesús nunca es indiferente: Juan relata la curación de un paralítico y señala: «Jesús, al verlo allí tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo en ese estado...» (Jn 5,6). En medio de una multitud de enfermos y personas con discapacidad, Jesús parece ver solo al más abandonado.

A Jesús también le gusta la fiesta: participa en una boda en Caná (Jn 2,1). Participa igualmente en las peregrinaciones.

Jesús escucha con sus oídos, pero sobre todo con su corazón: por ejemplo, recibe al fariseo Nicodemo (Jn 3) y lo acoge tal como es; Nicodemo habla, quiere expresar lo que busca, pero se pierde en sus palabras y corre el riesgo de alejarse de lo esencial: «Rabí, sabemos que...». Jesús lo conduce de nuevo a su verdadera pregunta.

Otro ejemplo es la mujer adúltera (Jn 8): los fariseos arrastran ante él a «una mujer sorprendida en adulterio». Jesús le hace una sola pregunta: «¿Nadie te ha condenado?». Desde el momento en que vio a esa mujer, «escuchó» su angustia en lo más profundo de su ser; eso explica su silencio: no quiere añadir sufrimiento al sufrimiento. Y se inclina hasta los pies de la mujer, se agacha, y con ese gesto da a entender que la acompaña en la muerte, pues ella ya se ve a sí misma como muerta. Alguien que está agachado no puede defenderse.

Puedes encontrar otros ejemplos. Te invito a leer los evangelios tomándote el tiempo de detenerte en Jesús. No basta con leer para saber lo que Jesús dice o hace. Cuando leas el Evangelio, léelo una primera vez en voz alta, lentamente; luego reléelo una segunda vez, siempre en voz alta y despacio, y al mismo tiempo intenta escuchar la voz de Jesús, seguir su mirada; si hace un gesto con la mano, mira su mano. Puedes leer Mc 1,40-45 siguiendo estas indicaciones. Después de haber mirado a Jesús, mira al leproso: lo que dice, lo que hace. Cuando hayas mirado bien a Jesús y al leproso, vuelve a leer, siempre en voz alta, pero poniéndote en el lugar del leproso.

Leer el Evangelio de esta manera es una oración. No lo lograrás a la primera vez. Jesús no se deja descubrir a la primera mirada; hay que caminar con él, como los discípulos de Emaús. Un proverbio de África occidental dice: «Quien espera a Dios no debe tener dolor en los pies». Aprender a orar para conocer a Jesús es también eso: velar, permanecer en pie esperándolo, como lo escuchamos en este tiempo de Adviento.

4.º Jesús y mi oración

Al comienzo de esta carta te dije que el padre Baudouin había arraigado su oración en la humanidad de Jesús. Fue en la lectura regular, diaria, como el P. Baudouin aprendió a conocer a Jesús. Cuanto más leía el Evangelio, mejor conocía a Jesús y más lo amaba.

En el «Creo en Dios» decimos: «Se encarnó de la Virgen María». Reconocemos con estas palabras que la Encarnación está en el corazón de la fe cristiana. El Evangelio nos revela a Jesús verdadero Dios y verdadero hombre. Por su presencia entre nosotros, Jesús anuncia la presencia de Dios entre nosotros. Decir que Jesús es verdadero Dios y verdaderamente hombre es creer que solo encontramos a Dios en este hombre. Jesús lleva también el nombre de «Emmanuel, Dios con nosotros» (Mt 1,21; Is 7,14).

Los oyentes de Jesús tuvieron dificultades para acoger la Buena Nueva. Los habitantes de Nazaret estaban tan cerca de él que no podían ver en él la presencia de Dios; quedaron bloqueados. Nuestra dificultad hoy es diferente, pero debemos estar atentos. El peligro para muchos cristianos de hoy es no ver en Jesús más que a un Dios. En la Ascensión, Jesús subió al Padre con su cuerpo. Su cuerpo no fue una envoltura que hubiera dejado abandonada en la tierra. San Pablo pregunta en la carta a los Romanos: «¿Quién nos condenará? ¿Cristo Jesús, el que murió, o mejor, el que resucitó, el que está a la derecha de Dios y que intercede por nosotros?». Jesús está de pie a la derecha del Padre, con los brazos extendidos, las manos y los pies marcados por los clavos y el costado abierto. ¡Él intercede por nosotros!

Para no olvidar que Jesús, la Palabra de Dios, se hizo hombre, es necesario leer el Evangelio para conocerlo mejor y amarlo más. En Jesús se encuentran Dios y el hombre. En Jesús, Dios se abaja hacia nosotros para levantarnos hacia Él. Y nosotros hoy, los bautizados, cuando somos testigos de Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, somos al mismo tiempo testigos de la presencia de Dios. Hoy acogemos a Jesús allí donde vivimos, allí donde trabajamos, en nuestro trabajo. Jesús nos dice que está cerca de nosotros. Una vez más, ¡este es el corazón del Evangelio!

En la fiesta de la Inmaculada Concepción

8 de diciembre de 2025

Louis Devaux

con el acuerdo del Núcleo de la Familia de la Encarnación

Algunas pistas para ir más lejos, ya sea solos o en grupo.

- ¿Desde cuándo estás bautizado(a)? ¿A Jesús en quien crees lo encontraste de golpe o fue después de un largo camino? ¿O bien quién estuvo en tu camino y cómo reconociste a Jesús en esa persona?
- ¿Piensas que encontrarse con Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, es una especie de resurrección? ¿Por qué?
- ¿Tienes la costumbre de leer el Evangelio? ¿Cómo lo lees: en voz alta, en voz baja o solo con los ojos? ¿Estás satisfecho(a) de tu manera de leer?
- Juan escribe desde el comienzo de su Evangelio: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»; y escribe también en su primera carta: «Si alguien dice: “amo a Dios” y no ama a su hermano, ese es un mentiroso». ¿Estas palabras te interpelan?
- En el Evangelio de Marcos, ve al capítulo 5, 21-43. Lee el texto lentamente e intenta observar el comportamiento de Jesús: ¿cómo ve lo que sucede? ¿Cómo escucha? ¿Está apurado?

Puedes hacer lo mismo con el relato de la samaritana, Jn 4, 1-42.

- Se dice que antiguamente (por ejemplo en Burkina Faso) los misioneros exigían que los futuros catecúmenos compraran un Nuevo Testamento (excepto las personas mayores) antes de entrar en el catecumenado. ¿Por qué crees que lo pedían? ¿Qué opinas al respecto?

Notarán que no se trata de preguntas a las que haya que responder; son simplemente interrogantes para ayudarles a continuar la reflexión.

Como el pasado mes de julio, el Núcleo desea recibir algo de los compartir de los grupos o bien de compartir personales de hermanos o hermanas.

Evidentemente, es necesario pasar por la(s) persona(s) encargada(s) de la comunicación.